

Nuevo historicismo e hispanismo

Luis Beltrán Almería
Universidad de Zaragoza

Ya no es novedad señalar el abismo que se ha abierto en las últimas décadas entre el hispanismo peninsular y el hispanismo norteamericano. Aunque en la década de los noventa se ha hecho algún esfuerzo por afrontar esa situación en términos de diálogo lo cierto es que la dinámica de dos orientaciones por completo divergentes hace imposible ese diálogo y la situación se presta cada vez más a un planteamiento tópico, casi tipista. Del lado peninsular este problema no parece preocupar. Quizá, a lo sumo, parece irritar. Pero el hispanismo peninsular cree poder vivir sin el hispanismo norteamericano, al que ve simplemente estrafalario y del que piensa que lo mejor es no contaminarse. El hispanismo peninsular está convencido de que debe avanzar hacia posiciones más eclécticas que las habituales en la generación anterior –la del enfrentamiento entre historicistas y partidarios de la estilística-, combinando la teoría con la erudición historicista, sin caer en actitudes comprometidas con causas sexuales, étnicas o políticas. Esto es, se trata de avanzar hacia el eclecticismo por la senda neutra del dominio de lo estrictamente académico. El hispanismo norteamericano, en cambio, ve esa dinámica notoriamente conservadora, por utilizar la suave caracterización de un reciente artículo del *Chronicle of Higher Education* (2 de febrero de 2001). Me refiero a “The New Geography of Classic Spanish Literature” de Scott Heller. Desde el punto de vista norteamericano la deriva filológica peninsular se percibe como una provocación del pensamiento reaccionario asociado “al nacionalismo, al imperio y a viejas nociones canónicas de literatura elitista”.

Desde el punto de vista del hispanismo peninsular, la irritación que provocan los estudios de hispanistas norteamericanos se explica por dos razones: la primera es la incompreensión que suscitan las aproximaciones norteamericanas; la segunda es la sensación de invasión del dominio filológico por otros planteamientos ajenos a la filología y que atentan contra el estatuto de neutralidad epistemológica que precisa la ciencia y del que el rigor filológico sería un exponente natural. Consecuencia de lo

anterior resulta la irritación peninsular ante la acusación norteamericana de sostener una comprensión carpetovetónica del mundo y de la disciplina.

Hoy ambas tendencias no conocen otra dinámica que no sea la del rechazo, ni siquiera el polemismo. Ese rechazo toma dos facetas diferentes según a qué lado del Atlántico se escenifique. Tiene el aspecto de la condena al abuso conceptual en la península. Y ofrece la no menos amable faz de la repulsa de un lenguaje autoritario y opresivo en Norteamérica.

Quisiera esbozar a continuación un análisis que se situara un paso más allá de esa atmósfera de rechazo o, al menos, en una orientación comprensiva. Una posición de este tipo es posible si nos situamos fuera de los dos ámbitos de opinión, de los dos estados de conciencia. Y eso puede alcanzarse adoptando una posición crítica ante ambas tendencias. No se trata de adoptar una posición equidistante –la búsqueda de la equidistancia suele encubrir consensos superficiales para alcanzar salidas momentáneas– sino de reconocer la parte de verdad que subyace en ambas posiciones sin cerrar los ojos ante sus limitaciones y su adaptación a momentos coyunturales de la opinión pública. Una actitud crítica nos ayudará a comprender que el abismo que separa hoy al hispanismo peninsular del norteamericano no es tan profundo como parece, pues ambas tendencias adolecen de las mismas debilidades aunque adopten soluciones distintas. Ambas tendencias son expresión de la crisis de la historia literaria y ninguna se muestra capaz de afrontarla desde su raíz. Se limitan a convivir con ella. Veremos a continuación en qué consiste esa crisis común y como la sobrellevan el viejo historicismo peninsular y el nuevo historicismo norteamericano.

La crisis del historicismo

El historicismo, desde sus orígenes en la cultura clásica alemana, ha pretendido comprender los fenómenos históricos como fenómenos evolutivos en el mismo sentido que se entiende la evolución en las ciencias naturales. Esa dinámica evolutiva presenta la evolución histórica como acontecimientos originados en unas causas y productores de ciertas consecuencias, como todo fenómeno natural. Al llamar la atención sobre la evolución en un sentido biológico se pretendía autonomizar la historia de servidumbres

respecto a los poderes y movimientos de opinión de la actualidad. Y, sin embargo, esta pretensión del historicismo decimonónico ha fracasado por completo. Veamos por qué.

Al concebir la historia como una evolución natural, con sus causas y sus efectos, el historicismo se autolimita a una exposición que no puede ser sino descripción y narración, el relato de una vida. Es la *historia narrativa*. Y, al mismo tiempo, sitúa lo histórico en un plano subordinado a la actualidad. Es lo muerto frente a lo vivo. Esta idea de la historia creó una expectativa de objetividad basada en la exhaustividad de los datos, es decir, en la erudición. El viejo historicismo encuentra preferible y fiable al historiador erudito, porque su erudición es la clave para la objetividad. Desde ese punto de vista se desprecia el nuevo historicismo norteamericano por su ignorancia, por su parcialidad, al preferir centrarse en tal o cual aspecto del fenómeno literario –ya sea sexual o social-. Pero el historicismo de la erudición plantea un grave problema que le ha hecho tambalearse. Y es que esa perspectiva evolucionista pone el acento en la descripción y en la erudición sin contemplar debidamente el conflicto hermenéutico que supone todo salto entre dos épocas. El viejo historicismo ha creído que ese corte epistemológico podía solventarse con más erudición. Sin embargo, los críticos más sagaces del historicismo ya apuntaron que el relato histórico habitual deja un amplio espacio libre para que se introduzcan prejuicios personales y valores de actualidad, dada la tendencia a juzgar el pasado con los criterios que sirven para juzgar a los contemporáneos. Esta crítica ha sido recogida por el nuevo historicismo anglosajón pero no para abordar el problema del corte epistemológico en su profundidad, sino para legitimar la intromisión de la actualidad en el pasado. Actualizar el pasado, vivificarlo parece ser la consigna de un nuevo historicismo cansado del viejo relato y sus eruditos narradores.

El *Historismus* o ciencia de la historia nació con una endeble noción del pasado, que es también una pobre conciencia del problema hermenéutico que plantea el tránsito por las diferentes etapas históricas del pensamiento. La única propuesta que el historicismo ha desarrollado ante esas debilidades es la investigación sobre el contexto histórico, tanto para la historia literaria como para la historia política y cultural. El viejo historicismo concibe la aproximación al contexto como la reproducción del horizonte social y cultural, que en las últimas décadas se ha limitado al conocimiento del entorno documental, textual. El nuevo historicismo norteamericano ha llevado al extremo esta

tendencia documentalista al proclamar la textualidad de la historia. En ambos casos se afirma la preeminencia de la contemporaneidad. Lo contemporáneo recibe la consideración, tanto en el viejo como en el nuevo historicismo de un todo aislado y concluido. El nuevo historicismo lo llama *cultura*, esto es, el sistema de la contemporaneidad.¹

Puede decirse que el historicismo ha ido avanzando en su crisis esencial lenta pero inexorablemente. En su fase de esplendor el historicismo creyó que podía aspirar a la objetividad de la ciencia. Pretendió acabar con la utilización oportunista de la historia para satisfacer intereses actuales. El *Historismus* creyó que podía superar la lectura interesada del pasado mediante la idea de una evolución que persigue unos fines estrictamente históricos, movida por una dinámica propia y espontánea, imprevisible y sensible a cualquier cambio. Confiado en este concepto de la evolución pretendió superar el individualismo y su tendencia al utilitarismo en la historia, que ve en ella un simple muestrario del que servirse a voluntad sin más mediación que la erudición. Pero el historicismo ha sido incapaz de sustituir el naturalismo por otra forma de pensamiento que permitiera resolver este problema. La concepción precientífica de la historia que el *Historismus* ha llamado pragmática y que consiste en servirse de los argumentos de la historia como de un muestrario en el que encontramos un ejemplo para cada ocasión se fundaba en el dogma naturalista de la identidad invariable de la naturaleza humana. El *Historismus* está convencido de que la naturaleza humana es también un fenómeno histórico, evolutivo, pero no ha sabido comprender esa evolución. La evolución ideológica, que es el fundamento de las distintas etapas históricas, no ha sido atendida como fenómeno que exige una lectura de la filosofía de la historia. El historicismo materialista la ha ignorado porque sólo puede apreciar hechos materiales y ve en lo ideológico un mero reflejo de las circunstancias materiales. El historicismo formalista tiende a construir espacios cerrados –sistemas culturales– con los acontecimientos culturales que concibe autosuficientes y autónomos de la esfera material. Sobre esta escisión conceptual ha tratado de operar el nuevo historicismo, reuniendo materialismo y culturalismo formalista gracias a una nueva retórica mercantilista. Pero el hecho de que

¹ Stephen Greenblatt, “Culture”. F. Lentricchia y Th. McLaughlin, eds. *Critical Terms for Literary Study*, Chicago: The University of Chicago Press, 1990, pp. 225-232.

limite esa reunión de los dos niveles del historicismo a lo contemporáneo le impide ir más allá de una retórica. Tampoco ha abordado el nuevo historicismo la cuestión del naturalismo, limitándose a recubrir el viejo naturalismo con su retórica mercantilista y un escepticismo radical.

La crisis del viejo historicismo

El historicismo no renovado –como es el caso del historicismo literario peninsular- ha renunciado a cuestionar su método para construir la historia literaria. La fórmula de esta corriente del historicismo es combinar la erudición con cierto eclecticismo, que permita recoger elementos provenientes del campo de la teoría literaria. Esta actitud conlleva un concepto segmentario de las tareas históricas. Con la excusa de la imprescindible especialización que requiere la erudición insaciable, la historia literaria se segmenta por épocas, autores e, incluso, obras. En la medida en que hace de la erudición el factor más seguro se convierte en terreno abonado para el autoritarismo y la jerarquización. Y también puede decirse que da pie –aunque habría que distinguir autor por autor e incluso texto a texto- a la acusación de construir una imagen falsa por su sublimación, por su uniformidad y conservadurismo de la literatura española y de su contribución a una cultura de signo imperialista. La tentación decimonónica de construir una historia literaria a la medida de la clase dirigente y de sus necesidades legitimadoras ha tenido continuidad en la historia literaria peninsular elaborada por el siglo XX.

También es cierto que el historicismo literario peninsular ha hecho un notable acopio de saberes acerca de autores y obras, además de un encomiable esfuerzo de conservación y recuperación de obras y documentos y que el resultado de ese esfuerzo sólo puede ser valorado a largo plazo. Pero su posición estratégica no puede ser más comprometida acosado a la vez por las carencias del viejo historicismo y por la crítica del nuevo historicismo.²

Las carencias del nuevo historicismo

² También conviene tener en cuenta que el historicismo se ha construido históricamente como una alternativa al esteticismo moderno, que se manifestó como un discurso subjetivo dependiente de los puntos de vista de la clase dirigente.

El impacto del *New Historicism* de S. Greenblatt, L. A. Montrose, J. Dollimore y otros en los estudios shakespearianos, en primer lugar, y después en la historia literaria inglesa ha saltado las obsoletas fronteras nacionales e idiomáticas y ha alcanzado a la historia literaria española. Retomando la argumentación de Scott Heller en el *Chronicle of Higher Education* un nuevo horizonte de expectativas ha irrumpido en los conservadores estudios de historia literaria hispánica planteando cuestiones del tipo: ¿para quién fueron dorados los siglos XVI y XVII? ¿quiénes lo padecieron? ¿qué impacto tuvo el poder del imperio español sobre los escritores de la metrópoli? “Las respuestas – dice Heller- presentan una España Imperial menos unificada, menos conservadora y más diversa.” Leer la literatura española en clave política y de poder sería la gran tarea de esta renovación de la investigación historico-literaria que trata de aportar una nueva sensibilidad a los estudios humanísticos, derivada de la influencia de Foucault y otros pensadores.

El nuevo historicismo se presentó hace ahora dos décadas con un programa de buenas intenciones bajo el brazo. La propia denominación parece apelar a la necesidad de renovar la historia literaria ofreciendo algo más que el viejo relato con sus servidumbres patrióticas. Pero veinte años después sus limitaciones impresionan más que sus aportes. Me limitaré a reseñar sólo dos aspectos de esas limitaciones: las causas de su éxito y el tipo de relación entre la teoría y la vida que plantea.

Para explicar el éxito del nuevo historicismo debe acudirse a diversos factores: el agotamiento de la vieja historia literaria, la necesidad de adaptar los estudios filológicos habituales a las corrientes de opinión hegemónicas y, especialmente, el éxito de los estudios culturales. El sistema universitario norteamericano está mucho más expuesto que el español a las leyes del mercado y el mercado ha dictado sentencia: los estudiantes prefieren los estudios culturales a la filología. Heller no se engaña sobre eso y con la ingenuidad que aborda el resto de las cuestiones señala que los estudios poscoloniales atraen a más estudiantes. Pone el ejemplo de los estudiantes latinoamericanos, que prefieren los estudios culturales porque ven a Cervantes y a otros escritores como instrumentos de la España imperial. Este argumento es brutalmente contundente. Claro es que Cervantes es ante todo un crítico radical de la España imperial, pero no es fácil

convencer de ello a los estudiantes latinoamericanos porque ni siquiera lo creen los estudiantes españoles. La historia literaria española es la responsable de la construcción de una imagen de Cervantes –y de otros, por supuesto- al gusto de la erudición y de la distinción de las clases dirigentes. El Cervantes popular fue relevado por el Cervantes erudito, paradigma de la dignidad española.³

Pero este asunto ofrece al menos otra cara. Y es que el criterio para derivar los estudios literarios hispánicos hacia la senda de los estudios culturales no se funda tanto en una reflexión sobre las nuevas posibilidades abiertas como en una especulación sobre la demanda mercantil. Y, más allá de esa demanda del mercado, lo que tenemos es otra concepción política antagónica a la actitud conservadora y nacionalista española. Si el nacionalismo español alentó la formación de un canon elevado y selectivo, subordinando la creación literaria al papel de contribución a la unidad y gloria nacional el rechazo de esa construcción no viene fundado en la denuncia de impostura sino en la forja de una impostura simétrica –impostura en el tratamiento de la creación literaria-, la del rechazo nacionalista a la presión imperialista. No es mi propósito comentar en la profundidad que se merece este problema, pero sí quisiera señalar que en no pocas ocasiones hoy se utiliza el problema histórico de los efectos del colonialismo español para encubrir las deficiencias de las castas políticas locales. La tentación victimista ha alimentado los movimientos populistas, dueños de la política latinoamericana en el siglo XX. Quiero decir con esto que el nuevo historicismo se ha aprovechado para su expansión del mismo tipo de motivaciones que critica.

Puede pensarse que esta circunstancia resulta aleatoria y que no es responsabilidad del nuevo historicismo que la historia habilite sus propuestas. Pero mi impresión es que esa adaptación a las necesidades del discurso poscolonial responde a factores esenciales en la constitución misma del nuevo historicismo. Me refiero a la conexión que este movimiento establece entre la teoría y la vida.

El viejo historicismo se construyó sobre el dogma de que no debe establecerse una conexión entre el discurso disciplinar y la vida. Su meta era la objetividad, entendida como una total autonomía respecto a la actualidad y, de paso, hacia la vida. No en vano

³ Así fue durante el siglo XIX y parte del XX. La opinión dominante en la actualidad hace de Cervantes un héroe individualista y no un héroe nacional. Cervantes sería un genio capaz de contravenir las normas de su tiempo para expresar un talento propio y personal que coincidiría con el realismo posterior.

los fundadores del historicismo reclamaron para su disciplina el estatuto de ciencia, lo que traduce a la jerga profesional su propósito de impermeabilizar la disciplina respecto a las presiones y demandas de la vida –esto es, de la responsabilidad del historiador que es también ciudadano y hombre o mujer de su tiempo-. Hoy el célebre lema de Ranke según el cual la ciencia histórica sería el relato de los hechos tal cual sucedieron da risa. El nuevo historicismo se basa precisamente en lo contrario. Greenblatt lo ha explicado mediante una sugerente argumentación: “lo primero fue mi deseo de hablar con los muertos (...) Ni siquiera renuncié a ese deseo cuando comprendí que por más que me esforzara en escuchar lo único que alcanzaría a oír sería mi propia voz” y añade que su propia voz es la de los muertos porque han dejado huellas textuales que se oyen en las voces de los vivos.⁴ De esta bonita forma soluciona el problema del salto hermenéutico que existe entre el dogmatismo premoderno y el individualismo relativista de nuestro tiempo. En vez de enfrentarse a este problema, Greenblatt ha optado por una salida retórica. Pero, volviendo a la cuestión de la relación entre teoría y vida, hemos de empezar por reconocer que Greenblatt sí que ha hecho una propuesta innovadora, al trasladar el discurso de Foucault a la historia literaria. Antes de entrar en esa traslación conviene apuntar algunas consideraciones.

La conexión entre la teoría y la vida ha sido uno de los temas clave para las disciplinas humanísticas. Hasta tal punto esta cuestión ha condicionado el devenir de las disciplinas humanísticas en el siglo XX que estas se han escindido en una doble orientación: por un lado, el historicismo y, por otro, el teoricismo. Los estudios literarios han conocido dos grandes disciplinas: la historia literaria y la teoría literaria. Los estudios lingüísticos también se han escindido en una orientación hacia la historia y la geografía lingüísticas y otra hacia el sistema y la abstracción, llámese funcional, estructural o pragmática. Esa escisión tiene causas históricas pero su raíz estriba precisamente en la actitud ante la vida de cada una de esas dos orientaciones.

El historicismo se ha fundado en cierto rechazo de la teoría. Es la expresión del empirismo. El empirismo ofrece la primacía a la observación, a la que sigue la descripción, y sólo finalmente procede a una generalización que toma la forma de la ley

⁴ Stephen Greenblatt “La circulación de la energía social”, A. Penedo y G. Pontón, eds. *Nuevo Historicismo*. Madrid: Arco Libros, 1998, p. 33.

natural. El problema de este método es que parte de una comprensión ingenua de la observación. El objeto de la observación –lo dado- incorpora valores –es decir, es también valorado- y el empirismo carece de sensibilidad crítica para detectar lo que el observador pone sobre lo dado. Ya Kant criticó el empirismo por ignorar que el objeto de la observación tiene una entidad fenoménica que reúne lo dado y lo que añade el observador. De ahí que distinguiera entre el conocimiento empírico y el conocimiento a priori de toda experiencia. La crítica actual del empirismo debe ir más allá del trascendentalismo de Kant. Ese conocimiento a priori es sustituido por las limitaciones ideológicas del observador individual, limitaciones que provienen del punto de vista que ocupa en el mundo –esto es, en el tiempo y en el espacio-. Esas limitaciones son la causa de que el conocimiento de una época pretérita no pueda limitarse a una mera inmersión en los datos de la época. Esta ha sido la posición del historicismo del siglo XX, la de trasladarse a la cultura anterior tratando de olvidar la cultura propia para ver el mundo con los ojos de aquella cultura. La reacción neohistoricista pasa por reivindicar el punto de vista de la actualidad, juzgando a los antepasados y a sus obras con los criterios de la actualidad. Y pretende encontrar su legitimidad en el hecho de que el viejo historicismo hace eso mismo sin saberlo, pues su pretensión de abandonar los prejuicios de la actualidad resulta por completo ingenua.

El teoricismo ha tratado de resolver este problema negando la historicidad. La pretensión del teoricismo es alcanzar la verdad como manifestación de lo intemporal. Esta concepción según la cual la verdad posee una validez intemporal y solo se puede apreciar la verdad de las cosas si se las contempla despojadas de toda temporalidad es sólo posible en los límites de la disciplina misma. La negación de la historicidad aporta a las disciplinas una utilidad evidente, que ha facilitado el desarrollo metodológico disciplinar. Pero tal desarrollo no puede revertir en una comprensión del mundo, que ha sido previamente negado. Además esta actitud esconde un planteamiento abiertamente reaccionario: la idea de que la vida temporal es la vida de las imperfecciones y que sobre ella hay otra vida eterna, intemporal en la que las cosas se manifiestan en su forma esencial.

En su versión actual el nuevo historicismo se debate entre su más legítima actitud –la actualización del pasado- y el teoricismo –el desprecio de la historicidad-. Esta

contradicción aparente no lo es tanto, pues la actualización del pasado termina por negar la historicidad misma. De ahí el entusiasmo con el que el nuevo historicismo ha recibido el mecanicismo mercantilista como paradigma con el que explicar la vida social.⁵ La actualización del pasado se mueve al compás del individualismo y para el individuo no hay más dimensiones temporales y espaciales que las de su mundo. Esa proximidad entre teoricismo e individualismo no debe extrañar, entre otras razones porque el siglo XX –el siglo del individualismo relativista- ha sido el gran momento para la expansión del teoricismo.

Pero, volviendo a nuestro tema, el de la relación entre la teoría y la vida que plantea el nuevo historicismo, cabe considerar en otra perspectiva esa vacilación neohistoricista entre la actualización y el nihilismo teorícista. Otra de las características del nuevo historicismo es su tendencia irrefrenable al eclecticismo. No pocos partidarios de esta nueva corriente han visto la oportunidad para conjugar teoría e historia en la senda de los filólogos foucaultianos. Por eso la actualización –a diferencia del pasadismo radical del viejo historicismo- se ofrecía como la oportunidad de alcanzar una combinación estable con la teoría literaria. Claro que no es lo mismo la actualización del pasado que la homogeneización esencialista del teoricismo. Pero el nuevo historicismo ofrece una herramienta flexible que puede ser utilizada desde los dos extremos. Me refiero a ese discurso mercantilista acerca de la vida y de la creación literaria, que convierte placeres, angustias e intereses en mercancías socio-literarias, “un conjunto sutil y elusivo de intercambios, una red de negocios y transacciones, un forcejeo entre representaciones rivales, una negociación entre compañías colectivas” (41).

Cabe finalmente preguntarse qué aporta este discurso mercantilista al panorama del hispanismo. Leer el teatro nacional en clave política es algo que hizo ya en los años sesenta José Antonio Maravall, con resultados que merecen ser tenidos en cuenta. Ciertamente el nuevo historicismo proporciona un arropamiento teórico y unas coartadas metodológicas que ponen los estudios que se acojan bajo su paraguas a cubierto de cualquier demanda de actualidad. Y la filología –incluso en la variante actual que se acomoda en los llamados estudios culturales- ha sido desde su aparición en el siglo III a.

⁵ Me refiero a la doctrina expuesta por Michel Foucault en *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta, 1980.

C. un discurso que ha buscado la protección del poder y su acomodación en el escenario de la actualidad. Pero lo que hoy no podemos seguir esperando es que el nuevo historicismo o escuela de la representación vaya a abordar el gran problema que suscita la historia literaria. Se conforma con ofrecer una acomodación de la crisis de la historia al individualismo relativista –una de las principales demandas de este momento histórico-. Es, pues, una vía acomodaticia y no un esfuerzo de profunda renovación. Como ya apuntara M. Bajtín, la ausencia de una lucha de corrientes y el miedo a las hipótesis ha llevado inevitablemente a un dominio de perogrulladas y clichés.⁶ Sea cual sea la dimensión de la aportación del nuevo historicismo al hispanismo o a los estudios literarios en general, si no va acompañada de un profundo debate quedará reducida a una simple renovación de la retórica legitimadora de la producción filológica.

⁶ Mijaíl M. Bajtín, “Respuesta a la pregunta hecha por la revista *Novy Mir*”. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo veintiuno editores, 1982, p. 346.